Estrella matutina, que resplandeces entre la niebla de la inmundicia por tu virginidad,
Estrella matutina, no como nosotros, sino antes santificada que nacida,
Estrella matutina en su tiempo producida, es decir, en el tiempo de la gracia,
Estrella matutina, que siempre acompañaste al Sol divino,
Estrella matutina, que iluminas más que las otras estrellas,
Estrella matutina, que disipadas las tinieblas para el mundo, produjiste al verdadero Dios y Sol eterno,
Estrella matutina, que en tu sacro seno llevaste por nueve meses á la Luz verdadera,
Estrella matutina, que eres más clara que todos los astros, porque eres más gloriosa que todos los santos,
Estrella matutina, que al nacer disipaste la tristeza de los que esperaban al día, Cristo,
Estrella matutina, que aterras á los ladrones, ahuyentas los lobos, consuelas á los enfermos, excitas á los que velan y alegras á los que viajan; porque Tú aterras á los demonios, ahuyentas á los herejes, consuelas á los pusilánimes, excitas á los ángeles y alegras á los hombres,

ruega por nosotros.

SEXTO DÍA.

LA ESTRELLA DEL MAR.

Sexta figura luciente de nuestra Madre de la Luz.

I.

Ave, del mar Estrella.
(Himn. Virg.).

Escucha, ¡oh Madre Santísima de la Luz y Virgen clementísima! Escucha á este miserable pecador que hoy á Ti clama. Ya en el tiempo de tu primera y saludable salutación fuiste llamada Estrella del mar cuando en el cielo aun no había ningún alma bienaventurada y en la tierra pocos ó ningunos justos, porque todos ó casi todos andaban revueltos en el amargo mar de los pecados y envueltos en las tinieblas de la ignorancia; y por esto fuiste llamada Estrella del mar, esto es, de los miserables, como ordenada *ab æterno* por Dios para que por tu medio de todos se apiadase, y todos los desgraciados que anduviesen fluctuando en la amargura de los delitos en Ti hallasen refugio ¡or la luz que para ellos nacer hiciste.

II.

Estrella del mar te llamas, Virgen María, porque como la estrella es indicio de

seguro camino á los que navegan en las aguas, así Tú, alumbrando á los que navegamos en este mar tempestuoso, nos muestras el camino, enseñando á los unos el sendero de la humildad, á otros el de la castidad, á éstos el de la buena operación, á aquellos el de la contemplación y de las demás virtudes. También te llamas, Madre mía, Estrella del mar, porque á los que navegan este mar espacioso del mundo, donde se hallan reptiles sin número, y animales pequeños, así como grandes; á Ti, verdadera Estrella entre las demás, te reconocen como santa entre los santos, y frecuentemente te buscan con las miradas de su alma, y perdida, con más cuidado te buscan y conforme á Ti dirigen su camino.

III.

Tú, ¡oh verdadera Estrella del mar!, vences en altura á las otras estrellas, porque eres más alta que las criaturas todas y que los mismos cielos. Los santos, al transmigrar de sus cuerpos, son recibidos entre los coros de los ángeles; pero Tú, ¡oh Virgen María!, con excelente majestad de gloria, has sido elevada sobre todos los coros de los ángeles y sobre todos los órdenes de los bienaventurados. Tú eres la Estrella del mar que á todas superas en la inmovilidad, pues colocada como en el eje del firmamento, cuando las otras se mueven

ligeramente, Tú te ostentas inmóvil, mostrando á los mortales su camino. Á los hijos de los hombres los vemos á cada paso, á causa de su movilidad, caer ó extraviarse; mas entretanto Tú permaneces inmóvil y jamás movida, por lo cual eres figurada por el castillo, sobre la piedra, que es Cristo, edificado.

ORACIÓN.

Ayúdame, ¡oh benignísima María, Madre santísima de la Luz!, pues fluctuando estoy todo el día en este mar tempestuoso, y andando por torcidos caminos, me encuentro entre grandes é infinitos peligros: ilumíname con un rayo de tu claridad, dirígeme por el recto sendero, á fin de que pueda un día llegar al puerto de salud. Defiéndeme de todo mal en alma y cuerpo, para que seguro ocurra cuando sea llamado á juicio, para ser tratado misericordiosamente por el piadoso Juez, escuchando de su boca una favorable sentencia. Amén.

PRECES EN FORMA DE LETANÍA.

¡Oh María, Madre de la Luz!
Estrella del mar, que brillas para los que andan el amargo mar de la culpa,
Estrella del mar, que á los descaminados reduces al buen camino,
} ruega por nosotros.

Estrella del mar, á quien debemos seguir entre las olas para no sumergirnos,
Estrella del mar, inmóvil entre todas, porque no te ocultas ni desciendes,
Estrella del mar, que brillas para los que viven en amargura,
Estrella del mar, que luciendo haces imposible el naufragio,
Estrella del mar, puesta en este siglo para que nos guíes, alumbres y consueles,
Estrella del mar, á la que mirando evitamos los escollos,
Estrella del mar, necesaria á quien navega en este piélago de incertidumbre,
Estrella del mar, consoladora de los tristes,
Estrella del mar, iluminadora de los penitentes,
Estrella del mar, refugio de los miserables,
Estrella del mar, directora de los navegantes,
Estrella del mar, necesaria en las olas tempestuosas de la vida,
Estrella del mar, que antecedes á los que fluctúan entre las dudas y las tentaciones,
Estrella del mar, que con tu doctrina y ejemplos diriges la nave de la Iglesia,

ruega por nosotros.

Estrella del mar, cuanto más cercana al polo, que es Cristo, tanto más benéfica á los mortales,
Estrella del mar, á cuyo alrededor gira el mundo, porque eres el centro que contemplan las criaturas todas,
Estrella del mar, que alumbras las tinieblas de la noche,
Estrella del mar, al puerto de la eterna salud introductiva,

ruega por nosotros.

SÉPTIMO DÍA.

LA LUZ.

Séptima figura luciente de nuestra Madre de la Luz.

I.

Comparada á la luz se halla la primera. (*Sap.*, VII, 29.)

¡OH lucidísima Virgen María! De Ti pueden entenderse aquellas palabras que Dios dijo: « Hágase la luz », y la luz fué hecha, pues Tú eres luz, primeramente por tu grande hermosura, ya que no hubo ni habrá jamás otra criatura, después de Jesús tu Hijo, más bella y agraciada que

Tú; « más hermosa eres que el sol, y sobre toda la disposición de las estrellas, comparada á la luz, se la encuentra primera »[1]. La luz, con su pureza sin igual, denota tu simplicidad é inocencia, y con su alegría, la limpieza de tus obras. Con su claridad muestra el resplandor de tus ejemplos, y con su fulgor la doctrina y sabiduría de tus palabras.

II.

Tú, ¡oh Virgen María!, eres luz por la difusión de tu claridad sin disminución de Ti misma, porque diste á luz á Jesucristo sin corrupción; luz eres por tu incorruptible pureza, y nada manchado incurre en Ti, ni puedes ser jamás capaz de mancha. Eres luz, porque haces visibles las cosas que antes no aparecían, poniendo ante la faz de tu divino Hijo á aquellas almas que antes estaban bien lejos de Él. Y así como la luz muestra á los que dentro de la casa están los más pequeños resquicios, así Tú, ¡oh Virgen María!, á los que moran con tu Hijo bendito, les haces perceptibles con la infusión de tu gracia aun los mínimos pecados. Y así como la luz alumbra los ojos, Tú iluminas el entendimiento y el afecto, que son como los ojos del alma, mostrando al entendimiento el conocimiento de Dios y de Ti misma, y al afecto, la dilección de Dios y del prójimo. Dícese que « vió Dios la luz que era buena y dividió la luz de las tinieblas », y como nadie es bueno, sino sólo Dios, como dice el Evangelio[1], así ninguna mujer á Ti comparada se halla perfecta. Y como Dios es sobre todas las cosas bendito, así Tú eres, Señora, bendita entre todas las mujeres.

[1] Sap. cap. VII, vers. 29.

ORACIÓN.

¡Oh Madre Santísima de la Luz, figurada por aquella Luz primera de la que después se hizo el sol, pues de tu substancia se formó el cuerpo de tu bendito Hijo! Luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. Tú, que eres la luz que se vió nacer para los judíos, emite, ¡oh Virgen clarísima!, tu dulce luz que me alumbre á mí, miserable pecador, y me haga aparecer rodeado de claridad ante el aspecto de tu bendito Hijo, para que merezca ser revestido de la estola de la inmortalidad por infinitos siglos de los siglos. Amén.

PRECES EN FORMA DE LETANÍA.

María, Madre de la Luz, ruega por nosotros.
Luz lucidísima con que el mundo se alumbra, ruega por nosotros.

[1] Matth., cap. XIX, vers. 17.

Luz inextinguible, más ilustre que el sol,
Luz de nuestro corazón,
Luz de los que yerran, iluminándolos en las tinieblas,
Luz inseparable del mar de este mundo,
Luz de los pecadores, aun de los más abyectos,
Luz de los doctores,
Luz fulgentísima de castidad para todos los hombres,
Luz clarísima en las cosas dudosas,
Luz del orbe de la tierra,
Luz que nos muestras la luz de las virtudes,
Luz por tu hermosura,
Luz por tu incorruptibilidad,
Luz por la difusión de tu claridad,
Luz que nunca te apagas,
Luz que para todos los fieles resplandeces,
Luz de todos los que en Ti confían,
Luz nueva para todos nacida,
Luz que descubres á tus devotos las asechanzas del demonio,
Luz esplendidísima del reino de los cielos,

} ruega por nosotros.

OCTAVO DÍA.

LA MADRE DE LA LUZ.

I.

Yo hice.... que naciese la luz indeficiente.
(*Eccl.*, XXIV, 6.)

¡OH Virgen María, Madre Santísima de la Luz! De Ti podemos entender lo que está escrito : « Era una Mujer revestida del sol, y con la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas y llevando un infante en su seno »[1], porque Tú has sido iluminada por la parte superior con los nueve coros de los ángeles, que, juntos con los de los mártires, confesores y vírgenes, te forman como una corona de brillantísimas estrellas. Tú has sido iluminada por la parte inferior, porque la luna debajo de tus pies denota la Iglesia militante, sujeta aún á mudanzas, á la que Tú proteges y defiendes, hasta que, llevada á la eterna paz, no esté ya más sujeta á mutabilidad ninguna.

II.

También fuiste, ¡oh Madre de la Luz!, iluminada en lo interior, cuando se dice que *portabas en tu vientre*, pues llevabas el

[1] Apoc., cap. XII, vers. I.

nevado esplendor al espejo inmaculado, del cual está escrito que es « el Candor de la Luz eterna y el espejo sin mancha »[1]. Y si Jesucristo es la Luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo[2], ¿cómo no te alumbraría á Ti habitando en tu seno y tomando su cuerpo en tus purísimas entrañas? Y ¿cómo no sería la verdadera Madre de la Luz, puesto que de Ti la Iglesia canta que la luz eterna al mundo y para el mundo derramaste? Tú fuiste también iluminada en lo exterior cuando fuiste revestida del sol, es decir, de un cuerpo glorioso é inmortal. Y así como el rayo del sol es muy claro, y tan ágil, que de improviso salta del Oriente al Occidente; y tan sutil, que traspasa sin lesión el cristal, y de tal modo impasible, que no puede sufrir violencia alguna, así Tú, ¡oh Virgen María!, fuiste revestida del sol cuando tu sagrado cuerpo, llevado á la gloria, se revistió de claridad y agilidad, y de impasibilidad y sutileza; y así, como Madre de la Luz, no sólo fuiste iluminadora, sino plenísimamente iluminada.

ORACIÓN.

Mirad, ¡oh clementísima Madre de la Luz!, que yo, ingratísimo pecador, estoy

[1] Sap., cap. VII, vers. 26.
[2] Joan, cap. I, vers. 9.

sentado en las tinieblas y cegado con la muchedumbre de mis culpas. Dígnate, pues, alumbrarme, ¡oh Virgen benignísima!, y con continuas preces pide á tu divino Hijo que se digne alumbrarme con la luz de su gracia para que se disipen las tinieblas de mis pecados, y por su misericordia me conduzca á la luz de su gloria sempiterna. Amén.

LETANÍAS

DE LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Señor, ten piedad de nosotros.
Jesucristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.
Padre celestial, que eres Dios, ten piedad de nosotros.
Hijo Redentor del mundo, que eres Dios, ten piedad de nosotros.
Espíritu Santo, que eres Dios, ten piedad de nosotros.
Santísima Trinidad, que eres un solo Dios, ten piedad de nosotros.
Santa María,
Madre de la Luz eterna,
Madre del Gran Luminar del Universo,
Madre del Sol de Justicia,
Madre del divino Esplendor,
Madre de la sempiterna Luz,
} ruega por nosotros.

Madre del Astro que nunca se pone,
Madre del Esplendor que no conoce ocaso,
Madre del Iluminador y de la ilustración de nuestra mente,
Madre de la Luz increada,
Madre de la Luz que ilumina al sol mismo con sus rayos,
Madre de la Luz que dijo: « yo soy la luz que al mundo vine »,
Madre de la Luz que alumbra los ámbitos de la tierra para creer en la Trinidad,
Madre de la Luz, que fué anunciada y alumbra cuanto hay en el cielo y en la tierra,
Madre de la Luz serenísima, que alumbras amorosa los corazones de los que te aman,
Madre de la Luz, comparada à la zarza que vió arder Moisés sin consumirse,
Madre de la Luz, que iluminas nuestra alma llena de tinieblas, de culpas y pecados,
Madre de la Luz inaccesible, derivada del que carece de principio, el Padre de las luces,
Madre de la Luz verdadera, de la cual nació en las tinieblas la luz para los de recto corazón,

ruega por nosotros.

Madre de la Luz, á la que debemos volver los ojos y los labios, las obras y los afectos,
Madre de la Luz, que en el cielo alumbras á los coros angélicos,
Madre de la Luz, que iluminas los ojos de los incomprensibles serafines,
¡Oh María! Luz figurada por aquella luz primaria de que se formó el sol, porque de tu substancia se formó el cuerpo de Cristo,
¡Oh María! Luz que á la media noche diste á luz la Luz verdadera,
¡Oh María! Luz que sin disminuirse difundes tu claridad, pues sin lesión del pudor á Cristo diste á luz,
¡Oh María! Luz que difundiste tu esplendor cuando de tu vientre salió el Esplendor del Señor,
¡Oh María! que, engendrando al Esplendor de la gloria del Padre, disipaste las tinieblas del mundo,
¡Oh María! Luz que supera á todos los santos en claridad,

ruega por nosotros.

Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, perdónanos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, óyenos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.